

**REFUNDAR EL ESTADO.
POSNEOLIBERALISMO EN
AMERICA LATINA.**

Emir Sader

**Buenos Aires
septiembre de 2008**

**REFUNDIR EL ESTADO. POSNEOLIBERALISMO EN
AMÉRICA LATINA**

© 2008-Instituto de Estudios y Formación de la CTA

Av. Independencia 766 (1099) Ciudad de Bs. Aires

Tel.: (54 11) 4307-3829 - int. 60

instituto@cta.org.ar

© 2008-Ediciones CTA

© 2008-Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-CLACSO

Responsables de Edición:

ISBN

Diseño de tapa: Fabián Piedras

Diagramación: Yolanda Padilla

yolandapucci@yahoo.com.ar

Impreso en: Gráfica Laf

Todos los derechos reservados.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

INTRODUCCIÓN

Emir Sader habla en estos textos de globalizadores y globalizados, de una América Latina que sufrió profundamente la aplicación del proyecto neoliberal, dos de cuyas consecuencias mayores fueron la financierización de la economía y la precarización laboral. Un modelo que expropió la ciudadanía social a la mayoría de la población del continente.

Ese proceso fue acompañado por una batalla ideológica y cultural que significó nuestra principal derrota: hoy no existe una forma de vida universalizable que se pueda oponer a la hegemonía del consumo, los shopping-centers, la mercantilización de la vida en todas sus formas. Se configuró una nueva subjetividad que acepta como "natural" que todo se compre y se venda entre los seres humanos.

Sin embargo, en los últimos años, a la permanente resistencia de los movimientos sociales que tomaron la posta de los actores tradicionales en crisis, se sumó una serie de procesos políticos en varios países de la región que dieron como resulta-

do gobiernos que –con diversos matices– apostaron a una nueva etapa posneoliberal. Los une la negación del modelo anterior y la intención de trabajar por la integración latinoamericana, aquel viejo sueño de la Patria Grande.

La debilidad es que no se avizora aún un nuevo modelo, que la idea del socialismo sigue muy lejana, y los desafíos de construir unidad en la diversidad son gigantescos. Pero es un avance innegable, y los intentos más interesantes son los de aquellos procesos que están apuntando a refundar el Estado a través de mecanismos democratizadores que puedan transformarlo en incluyente de sociedades pluriculturales, multiétnicas, más justas y solidarias.

Se trata –dice Sader– de construir otra hegemonía, un nuevo bloque de poder en América Latina, que deje definitivamente atrás al neoliberalismo y pueda pensar en la posibilidad de otro mundo posible.

Norma Fernández

AMÉRICA LATINA, ENTRE EL POSNEOLIBERALISMO Y EL FUTURO

Charla del 3 de junio de 2008 en CTA

Emir Sader: Buenas noches, compañeros. Además de ser un orgullo el haber sido invitado, siento una responsabilidad en poder hablarles, como dirigentes que son del campo popular argentino. Si hay tiempo me gustaría poder hablar, aunque sea sintéticamente, un poco sobre el periodo actual a escala internacional; segundo, como núcleo central, acerca de América Latina; más al final sobre Brasil y, si hay tiempo, sobre el próximo Foro Social Mundial de Belem en 2009.

UN PERÍODO CONTRADICTORIO Y TURBULENTO

Para hablar de tantas cosas en tan poco tiempo seré muy esquemático, pero es fundamental hablar de este período porque es muy contradictorio. Los dos grandes factores que inauguraron el período histórico son regresivos: el paso de un mundo bipolar a un mundo unipolar (lo cual es un cambio extraordinario porque es la unipolaridad

bajo hegemonía imperial norteamericana; es decir, había un equilibrio relativo entre dos campos, ahora hay un campo solo). El segundo factor es el paso de un modelo regulador, keynesiano, de bienestar social, a un modelo neoliberal.

Entonces, la construcción de dos factores extraordinariamente regresivos son los que marcan la lectura del período. Sin embargo las contradicciones están en que no abren, no inauguran ni un ciclo de "hegemonía tranquila" norteamericana ni un nuevo ciclo largo de expansión económica. Se podía suponer que eso sucedería, porque la desaparición del campo socialista fue una derrota brutal, fue una derrota ideológica. Durante todas las décadas anteriores hubo una disputa mundial no sólo de dos fuerzas, sino de dos interpretaciones del mundo: el campo socialista decía que la contradicción fundamental se daba entre capitalismo y socialismo; el campo imperialista decía que la contradicción fundamental se daba entre democracia y totalitarismo. Se había derrotado el totalitarismo nazi y se terminó derrotando el totalitarismo soviético, estalinista, o como lo llamemos. Entonces triunfa la democracia que abre un período histórico distinto. Triunfa política e ideológicamente, de tal manera que "democracia" pasó a ser simplemente "democracia liberal". Y "economía" pasó a ser "economía capitalista de mercado".

Cuando Fukuyama habla acerca del fin de la historia no es una tontería: está diciendo que seguirán existiendo acontecimientos, hechos, fenómenos; pero ninguno más allá del horizonte histórico ni de la democracia liberal ni de la economía capitalista de mercado. Ese es el horizonte último, digamos, de la historia.

Entonces, es una victoria extraordinaria, porque es política, militar e ideológica. Y vamos a ver que la ideología es el elemento de más fuerza de la hegemonía imperial en el mundo. No es necesario dar hechos: EEUU demuestra debilidades significativas, pero sigue siendo la gran potencia política, nadie tiene la iniciativa política que tienen ellos, la capacidad de moverse en función de sus propios intereses. Tienen política para cualquier cosa: deben tener política hacia la CTA, hacia la crisis del campo en Argentina, hacia Bosnia, Lituania, Mar Índico, etcétera.

En segundo lugar, tienen una hegemonía militar extraordinaria: no son capaces de hacer dos guerras a la vez, pero la disparidad y la diferencia es extraordinaria respecto a otros.

En tercer lugar, sigue siendo la mayor economía del mundo: no se puede hacer una comparación de los EEUU con lo que fueron los EEUU hace

algunas décadas; pero la comparación debe ser hecha con los adversarios. Un equipo es campeón no respecto a lo que fue en los años cincuenta sino a lo que son sus enemigos hoy. El que estaba en segundo lugar, la Unión Soviética, desapareció; los que estaban en tercer y cuarto lugar, Japón y Alemania, se debilitaron; por lo tanto la relación de fuerzas es siempre una correlación de fuerzas, es respecto a los otros. En este sentido, EEUU sigue siendo la mayor economía del mundo; perdiendo competitividad y con un montón de otras debilidades, pero sigue siéndolo.

Estoy recalcando más la correlación de fuerzas que las debilidades porque hay una tendencia un poco excesiva de hablar de una "decadencia irreversible" de la hegemonía norteamericana. Porque para el que escribe es fácil, pero para el que está en la lucha, no podemos engañarnos. Incluso porque el elemento hegemónico más fuerte es el ideológico: el llamado "modo de vida norteamericano", que va mucho más allá de un gobierno o de una fuerza política. No hay ninguna forma de vida en el mundo que dispute con EEUU: ni el soviétismo, ni el Islamismo, ni el evangelismo. No hay otra forma de sociabilidad que dispute a la del consumo, del *shopping-center*, etc. Es de una fuerza extraordinaria.

China resistió durante siglos cualquier influencia exterior. Cualquiera sea el análisis que hagamos sobre la naturaleza de China, nunca había tenido influencia. Hoy uno mira las ciudades chinas y se parecen a ciudades de California: la arquitectura, la forma de vestirse, la actitud frente a la tecnología, la expectativa frente al consumo, los coches. Fidel decía: "el día que cada uno de los chinos compre un coche terminará la humanidad". Están comprando, no va a terminar la humanidad, pero están comprando, están fabricando. Es entonces una influencia extraordinaria la de EEUU, el modo de vida norteamericano. No estoy diciendo que China vaya a ser igual que EEUU, pero sí se están induciendo valores. Al igual que a los pobres de la periferia de Buenos Aires, de Ciudad de México y de San Pablo: comportándose con expectativas y valores de consumo norteamericanos. Las marcas, los *shopping-centers*, el consumo; ese es un poderoso factor de hegemonía. Algunos dicen: "EEUU tiene dominación, no tiene hegemonía"; el gobierno de Bush puede no tener capacidad de consenso, pero EEUU como país, como "proyecto civilizatorio", tiene un poderío hegemónico extraordinario. No tiene que dominar a los jóvenes para someterlos, no tiene que dominar a China.

Entonces, atención: yo creo que tenemos por delante un período de debilitamiento de la hege-

monía norteamericana sin que aparezca ningún otro bloque de fuerzas o una gran potencia que la sustituya.

La discusión de los setenta era: decadencia de la hegemonía norteamericana = fin del capitalismo. No, no es tan simple, la decadencia es larga. No sé si conocen el libro de Giovanni Arrighi sobre China, un libro no maniqueísta; demuestra que, por lo menos, hay que decir que hay economía de mercado más allá del neoliberalismo. No sé si es capitalismo o no, pero hay dinamismo económico de otro orden que no es socialista.

Hoy la cuestión es más complicada: hay decadencia norteamericana sin que aparezca una alternativa en el horizonte; por lo tanto, un período largo de inestabilidad y turbulencia. Eso pasa en la hegemonía político-ideológica, en la político-militar y pasa en cuanto al modelo económico también: existe un debilitamiento del modelo neoliberal en el mundo, pero no hay ningún modelo alternativo que dispute con él.

Entonces los dos planos convergen, hasta la idea de que entramos en un período de turbulencia e inestabilidad que va ser largo. Porque es el factor más trágico del momento histórico actual: el capitalismo demuestra de manera más clara que antes

sus límites –concentración de renta a nivel mundial, concentración de renta a nivel de cada país, de cada región, devastación ecológica, guerras, etc.–, sin embargo, los factores de construcción del socialismo también han retrocedido en dimensión histórica.

Los límites del capitalismo no coinciden con los factores de construcción de una alternativa socialista. Los llamados "factores subjetivos" como decíamos antes –y espero que sigamos diciendo– tuvieron retrocesos fuertes. El mundo del trabajo: el hecho de que la mayor parte de los latinoamericanos no tengan contrato de trabajo es un retroceso brutal; seguimos trabajando como antes y más que antes, pero sin capacidad organizativa, sin la mediación del trabajo cotidiano a la forma sindical y organizativa. Incluso la identidad laboral retrocedió; la gente trabaja pero no se identifica como trabajador –lo estoy diciendo de una manera un poco grosera–, pero tendencialmente otras identidades (religiosas, nacionales, futbolísticas, etc.) ocupan ese espacio.

Y retrocedió la idea de socialismo: soluciones colectivas, organización colectiva, todos los elementos que tienen que ver con el socialismo retrocedieron. Entonces, se abre también ahí un abismo, un foso, entre el agotamiento de un modelo y

la posibilidad de reconstrucción de los factores para construir otro.

Vamos a ver que esto en América Latina es muy claro: los países que más avanzan no son los países de clase obrera tradicional y en un momento vamos a ver en parte por qué.

Pero entonces, en escala internacional, hay un panorama contradictorio: victoria del capitalismo, del bloque imperialista, e incapacidad de retomar el ciclo de crecimiento económico. ¿Por qué? Una razón fundamental; es que el corazón del modelo neoliberal es la "desregulación": librar el capital de trabas para su libre circulación. De ahí salía el gran diagnóstico de "no crece la economía porque el Estado regula excesivamente", etc., entonces se libera todo. ¿Y qué pasó con el capital? No fue al sector productivo. Fue al sector especulativo, porque es en el sector financiero donde gana más, en plazos más cortos. Una inmensa transferencia del capital del sector productivo al sector financiero, bajo forma especulativa. Así, más del 90% de los movimientos económicos del mundo no son de producción y venta, son cambio de papel. Una especie de cáncer que el capitalismo produce, porque el capital se va a realizar siempre donde tiene mejores condiciones, plazos más cortos, sin pago de impuestos, etcétera.

Esto es lo que hizo que ese ciclo económico largo de posguerra que terminó en los setenta no fuera sucedido por otro ciclo largo expansivo. Seguimos en el ciclo recesivo del capital, con brotes, ascensos y bajas, pero con nada que se compare con los llamados ciclos largos expansivos. Este es, muy brevemente, el cuadro internacional.

AMÉRICA LATINA: EL ESLABÓN MÁS DÉBIL DE LA CADENA NEOLIBERAL

¿Cómo se inserta América Latina aquí? Se puede hacer una comparación gráfica entre la década del noventa y primera década de este siglo: América Latina fue el lugar donde nació el neoliberalismo y el lugar donde más se expandió, fue el laboratorio de experiencias neoliberales por excelencia. En ninguna región del mundo pasó algo similar: en un momento, únicamente Cuba no era neoliberal.

En algunos países los modelos no prosperaron, por cierto; pero había adhesión a las políticas de los gobiernos neoliberales, entonces prácticamente todo el espectro político adhirió al modelo, de la derecha a la social democracia, pasando por fuerzas nacionalistas. Por esta razón América Latina vive una resaca de todo aquello, porque es

donde más temprano empezaron a explotar las crisis. Que, significativamente, se hallaron en los tres mayores países: en 1994, México; en 1999, Brasil; en 2001-2002, Argentina. Y muy tempranamente recién había empezado el modelo y primero explotó en México. ¿Por qué? Porque el neoliberalismo fragiliza demasiado la economía, entonces posibilita que el capital financiero tenga una capacidad de fuga del país, de crear crisis financieras muy fácilmente. Y además, no hubo crecimiento económico.

Las grandes conquistas del neoliberalismo fueron, por una parte, el control de la inflación –a un precio durísimo, incluso de endeudamiento del Estado, transfiriendo lo que era la inflación a deuda pública– y, en segundo lugar, lo más importante, la fragmentación de la sociedad: debilitar la capacidad de resistencia fragmentando a través del trabajo informal, en verdad trabajo precario –la "informalidad" es buena, preferimos siempre ser "informales" que "formales"–, pero "informal" en este caso significa "expropiación de derechos", por eso en verdad es mejor llamarlo "trabajo precario", en tanto expropiación de derechos. Los dos grandes fenómenos del neoliberalismo son: financierización de la economía por arriba, precarización de las relaciones de trabajo por abajo. Hegemonía del capital financiero bajo su forma especulativa y, por otra parte, expropiación de derechos y dificultad

de la capacidad de resistencia popular, una ventaja negativa que corre a favor de ellos.

Está claro, por otra parte, que la condición del neoliberalismo en América Latina fueron las dictaduras militares: no fue por azar que éstas surgieran en los países de mayor fuerza relativa de la clase obrera y de la izquierda. La represión fue menos fuerte en Brasil porque la izquierda era más débil, pero Brasil, Argentina, Uruguay y Chile eran lugares de núcleos obreros, de clase trabajadora, de movimientos sindicales y de izquierda fuertes. En esos países fue el golpe y las dictaduras que crearon las condiciones del neoliberalismo posterior; por esa razón además es que no son los países protagónicos de los fenómenos más avanzados en América Latina hoy. Los otros países tienen, entonces, lo que Trotsky llamaba "el privilegio del retraso": no es que sea bueno estar retrasado, pero de alguna manera, relativamente, se tienen condiciones más favorables para dar un salto.

Pero ¿qué pasa ahora en América Latina? La resistencia de la década del noventa al neoliberalismo fue básicamente una resistencia de los movimientos sociales. En parte, porque una porción de los partidos adhirieron al neoliberalismo; otra porción protagonizaron oposiciones, pero no de manera muy combativa, no establecieron liderazgos.

Entonces, hubo una primera fase de la lucha anti-neoliberal, que podríamos llamar una lucha defensiva, de resistencia, protagonizada por los movimientos sociales. Forman parte de esta lucha los zapatistas en el noventa y cuatro, el MST, el Foro Social Mundial, etc., hasta la elección de Hugo Chávez en 1998, donde esto empezó a cambiar.

Él cuenta esto de una manera dramática, impresionante. Lo eligen en el noventa y ocho, va a la primera reunión de los países de América, con Bush recién elegido, y Bush presenta la propuesta del ALCA, del Área de Libre Comercio de las Américas. Estaban todos los mandatarios. Ahí, en votación, como era más simple, "el que se oponga, levante el brazo". Y Chávez cuenta, "Estaban Cardoso, Fujimori, Menem –Cardoso hizo un brillante discurso, pero votó con EEUU–, era una aislamiento brutal". Hugo Chávez levanta solito su mano.

En el 2000, va a una reunión iberoamericana y Fidel le pasa un papelito donde le pone "qué bueno que estás aquí, ya no soy el único diablo". Y de ahí viene a la toma de posesión de Lula, de Kirchner, de Tabaré, de Evo, de Daniel Ortega, de Rafael Correa, vendrá ahora a la Fernando Lugo, un vuelco impresionante, un vuelco enorme.

¿Qué carácter tiene ese vuelco? Para hacer un salto, yo diría que si tomamos el mapa político de América Latina, la línea demarcatoria, divisoria, no es entre "buena" y "mala" izquierda: quien dice eso, es de derecha y quiere dividir a la izquierda. ¿Quién quiere tener separados y en conflicto a Lula y a Chávez? Está claro que son distintos, pero si pelearan públicamente ¿quién ganaría? No por azar, el que más propaga eso es Jorge Castañeda, ex ministro de relaciones exteriores del PAN de Vicente Fox. ¿Cuál es la ventaja de esto? Aislar al sector más radicalizado y cooptar al otro. Por lo tanto, es una maniobra política reaccionaria, con complacencia de sectores de ultraizquierda, que en verdad canalizan sus energías mucho más en la lucha dentro de la izquierda que contra los verdaderos enemigos. No es que no haya diferencias ni contradicciones –ustedes son víctimas de eso, nosotros también en Brasil–, pero la línea demarcatoria está entre países que firman tratados de libre comercio con EEUU y países que están por la integración regional.

Los que firman tratados: México, Chile, Perú, Costa Rica, Colombia –que quiere pero no puede–, esos países hipotecaron su futuro. Incluso para Chile, que tiene una economía supuestamente exitosa, sentarse con EEUU en una mesa para definir "reglas de intercambio", cuando la relación de fuer-

zas es brutalmente desfavorable: el acuerdo que firmó Chile es vergonzoso, incluso para lo que es Chile. No puede reglamentar absolutamente nada, ni siquiera políticas de cuotas, porque las cuotas violan la libre competencia entre blancos y negros, indios, etc. Total, hipotecan su futuro sin siquiera una consulta popular (como sí hizo Costa Rica, bien o mal). Esos países, entonces, están fuera de la integración de América Latina y en la línea del libre comercio, irreversiblemente o por un tiempo muy largo.

Entre los otros países, que optaron por la integración regional, algunos dan pasos hacia la ruptura del modelo, mientras que otros mantienen el modelo, flexibilizado. Ustedes saben que Cardoso no es igual a Lula, como Menem no es igual a Kirchner, así como Tabaré no es igual a los partidos tradicionales. Entonces, se mantiene el modelo flexibilizado –podríamos discutir en el caso de Brasil–, pero sobre todo tienen una política exterior de integración regional, lo cual es significativo. Porque el mundo de hoy está dominado por tres grandes poderes: poder de las armas, poder del dinero, poder de la palabra. Hay un monopolio en los tres casos. Al construir un proyecto regional, estamos de alguna manera golpeando al poder de las armas, el derecho de implementar conflictos a través de las guerras. Si tuviéramos una ruptura

con el modelo neoliberal, estaríamos golpeando al poder del dinero. Si tuviéramos prensa independiente, autónoma, etc., estaríamos golpeando al poder de la palabra.

Algunos países están avanzando más en eso que otros. De todas maneras, la integración regional ayuda a construir un mundo multipolar, un mundo que no sea simplemente de hegemonía absoluta de EEUU. Y América Latina es la única región del mundo que tiene un proyecto de integración relativamente autónomo respecto a EEUU.

Esto es una cosa que hay que valorar mucho. Miren lo que es Europa: tiene una integración económicamente autónoma, pero políticamente no hay –ni había antes de las últimas elecciones, ahora es por cierto peor– una autonomía respecto a EEUU. China tendrá la suya, pero no es una política asiática. Japón sigue siendo un aliado incondicional de los EEUU. Entonces, que América Latina tenga esto es una condición –necesaria pero no suficiente, por cierto– para la ruptura del modelo: el que no opta por la integración regional no tiene ni posibilidad de plantearse el tema que, creo, es el más importante para nosotros, que es el posneoliberalismo. Porque es incoherente optar por la integración regional y estar por un modelo de libre comercio dentro del país. Estas son contradiccio-

nes que gobiernos como el de Brasil, Argentina, etc., sufren de manera más aguda.

Mientras tanto Venezuela, Bolivia, Ecuador –Cuba nunca tuvo neoliberalismo– avanzan en una dirección de ruptura del modelo. Yo diría que esos países –más particularmente Bolivia, pero los otros también– transitan por la vía de una tercera estrategia de la izquierda. La primera estrategia fue la tradicional, espontánea, de reformas. Reformista, porque era de mejoría gradual sin cuestionar el poder del Estado, sin cuestionar la idea de ruptura del sistema dominante. Que tuvo en el gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende en Chile la experiencia más avanzada y demostró, aun allí, límites insuperables.

La segunda estrategia fue la de guerra de guerrillas, de lucha armada. No hay que discutir si es buena o mala, ya que simplemente es inviable hoy día: en la actual correlación internacional de fuerzas, si un movimiento social o una fuerza política –el MST, el PT, los zapatistas, la CTA– militarizaran los conflictos, serían masacrados. Porque la correlación de fuerzas militar nacional, regional, mundial, no posibilita ni plantearse el tema. Ahí está lo de Colombia y la evaluación que ha hecho Hugo Chávez sobre la inviabilidad de la lucha armada en el período actual que vive América Latina. Es una

estrategia que no está en el horizonte, no porque no pueda ser justa la rebelión armada de un pueblo, sino porque simplemente no es efectiva ni factible, sería contraproducente.

La tercera estrategia, si tomamos Bolivia, Ecuador o Venezuela, por ejemplo, es una combinación de varios elementos: sublevación popular, salida electoral y refundación del Estado. Parten fuera de los límites estrictos de la institucionalidad, llegan a una solución política y, sin embargo, no tratan de transformar la sociedad con el Estado existente: buscan refundar el Estado alrededor de la esfera pública, de su democratización conforme a las características del país, multicultural, multiétnico, etc. Es una nueva estrategia que combina elementos de sublevación popular con elementos de salida política. Los movimientos sociales que no se han adaptado a esto han quedado superados: los zapatistas han desdibujado fuertemente su presencia política nacional porque no han reconstituido la relación con la política, no han logrado transformar la cuestión indígena en una cuestión nacional, en lo que me temo que las teorizaciones de John Holloway hayan ayudado a eso: teorizamos situaciones de hecho, como si ustedes escribieran un libro "Cambiemos el mundo a partir de los sindicatos". Bueno, tendremos más fuerza en los sindicatos quizás, pero no vamos por eso a dar valor y

virtud a algo que no está hecho para la transformación revolucionaria, que está hecho para ser el apoyo al protagonismo de masas de un proceso político-social. Ellos hicieron eso con el poder local de los zapatistas.

Voy a tocar un tema más difícil, el de los piqueteros, movimiento social nuevo. Cuando se generó la más aguda crisis de legitimidad del Estado argentino vinieron las elecciones, era lindo que dijeran "que se vayan todos", pero o los echas o no se van a ir. Peor: Menem dijo "gano, voy a dolarizar completamente". Y eso hubiera acabado con Argentina y con América Latina. Y los piqueteros no supieron reconstituir una nueva articulación entre lo social y lo político –estoy diciéndolo muy someramente, ustedes pueden contestarme que no hay derecho a decir eso a un movimiento de extraordinarias virtudes y desde afuera, pero lo pongo como ejemplo de otros movimientos también. No se dieron cuenta que la primera etapa de resistencia se terminó cuando las crisis económicas dejaron al desnudo el tema del poder. Hay una crisis hegemónica en América Latina: ahora hay que plantear alternativas no sólo en el papel, también hay que construir fuerzas para reocupar el espacio público.

Y el fenómeno más importante fue la fundación del MAS boliviano: los movimientos sociales se

unieron y fundaron un partido. Lo que no pasó con el movimiento indígena ecuatoriano: ellos delegaron, tumbaron al primero, tumbaron al segundo, delegaron al tercero, se sintieron traicionados, se dividieron, se debilitaron –hasta hoy están pagando el precio de eso– y, cuando vinieron las elecciones, Rafael Correa ocupó ese espacio, se asignó la representación y bien que lo haya hecho; pero ellos no conseguían articular su propia fuerza política. Porque Lucio Gutiérrez pintaba muy bien, estaba en Porto Alegre en el FSM con nosotros; pero siempre fue una delegación, que no es elegir a un dirigente propio, es llamar a alguien de afuera y delegar.

Lo que pasa en Venezuela, Bolivia, Ecuador, es que intentan restablecer de otra manera la articulación entre esfera social y esfera política para disputar hegemonía. Ninguno de ellos estuvo basado en fuerzas tradicionales de izquierda latinoamericana. El artículo de Álvaro García Linera de crítica de la izquierda tradicional boliviana: ¿qué hacía la izquierda tradicional boliviana? Miraba al mundo con el economicismo tradicional del pensamiento soviético y decía: "¿Usted en qué trabaja?" "En la tierra" "Bueno, tú eres campesino, olvídate de ser aimará, quechua o guaraní". Y lo reducía de manera economicista a eso, le quitaba su identidad secular –su forma de vida, sus valores, etc.–, y claro, quedaba neutralizado. Además,

campesino desde esa perspectiva significa "pequeño burgués en el campo, aliado secundario y vacilante de la clase obrera minera". En un país en el que el 62% de sus habitantes se consideran indígenas es una brutalidad, una violencia política y teórica tremenda.

Ese arreglo de cuentas teórico posibilitó la recomposición del movimiento indígena, combinado con las resoluciones neoliberales que terminaron con la clase obrera minera. No hay más prácticamente COB, la Confederación Obrera Boliviana, porque no hay más clase obrera minera, que era fundamental. No extrañamente, son los más radicales críticos de izquierda al gobierno: tuvieron una base real, ya no la tienen.

Pero, centralmente, se reconstituye un sujeto indígena, que no es eminentemente anti-capitalista; es anti-neoliberal, con un protagonismo extraordinario: empezaron en el 2000 bloqueando la privatización del agua a una empresa francesa.

Otro factor es que en estos tres países es donde el neoliberalismo menos echó raíces: en Venezuela fracasó Carlos Andrés Pérez, de la Acción Democrática, también fracasó Rafael Caldera. En Ecuador tres presidentes fueron tumbados. En Bolivia hubo continuidad, pero no echó raíces en la

masa de la población: ustedes van a El Alto, población plebeya cercana a La Paz, y los tipos siguen viviendo, periféricamente a La Paz, con los mismos hábitos, costumbres y raíces que tenían en el campo. Hay una raíz ancestral ahí. Entonces, pudieron recomponer la identidad, la unidad de una fuerza social anti-neoliberal porque tuvieron menos penetración de esa ideología, de esa forma de vida norteamericana, menos que otros países. O que, por lo menos no ha llegado tan fuertemente a las capas más pobres de la población, como en otros países del continente.

En Venezuela fue una fuerza nacionalista militar. En Ecuador es un *mix* de varias cosas, con parte de movimiento indígena, parte de movimiento ciudadano urbano, etc. Pero también son países donde el neoliberalismo no echó raíces hondamente como echó en Chile, México, Colombia, Perú, Brasil y Argentina. El estilo de vida norteamericano fragmenta la sociedad, crea expectativas de consumo, medios omnipotentes, etc. No es que no haya eso en otros países: el neoliberalismo sigue siendo hegemónico en el conjunto de América Latina porque sigue fuerte en México, en Chile; sigue hegemónico en Brasil y en Argentina aunque haya gobiernos más contradictorios. Pero los países que comentaba antes avanzaron más en una dirección muy importante, planteándose objetivos

no económico-financieros como estratégicos sino sociales, culturales, étnicos, de soberanía nacional, etcétera.

El plan estratégico del gobierno ecuatoriano es el más avanzado en América Latina: un proyecto económico, social y ecológico. Y, a la vez, la Constitución está planteando objetivos fundamentales: el "bien vivir", objetivos que son éticos, sociales, etc., sin despreocuparse de lo económico. Hay un gran debate allá, del movimiento indígena, que tenemos que tomar muy en serio: cualquier preservacionismo ecológico es un camino de derrota. Ecuador no puede darse el derecho, el lujo, de no explotar su petróleo; si hay temas ecológicos, hay que discutir si hay compensaciones, etc., pero no la idea de "me siento encima y eso es mío", esa es otra manera de fundamentalismo. Si el socialismo tradicional no respetó la naturaleza, tampoco la naturaleza es un elemento en sí mismo de valor: humanizar la naturaleza es un planteo histórico del socialismo y del humanismo –en qué condiciones lo hacemos, etc.–, tanto es así, que sectores de derecha instrumentalizan mucho eso de no tocar la naturaleza, los países europeos han destruido su reservas naturales y ahora quieren que los países de la periferia –China, Brasil– las preserven, sin explorar los recursos ahí contenidos.

En Bolivia los indígenas aprobaron en la nueva constitución que las riquezas son de los indígenas bajo dirección de un Estado con soberanía indígena, con soberanía popular. No es la idea de que está ahí en un territorio donde viven ellos y es de ellos, posición que sería corporativista. Hay que ver cómo recomponer. Lo que haya que hacer, el gasoducto continental va a impactar en sectores de la Amazonia, pero hay que recomponer eso, porque llegar con el gas a la casa de los pobres de América Latina es fundamental. Crear una interdependencia sudamericana entre quien produce y quien consume es fundamental, no el gas para el Norte. Es decir, hay derechos fundamentales que son conquistados para los pobres del continente, frente a los cuales hay que recomponer los daños ecológicos que sean producidos.

El tema fundamental en nuestros países está personificado en el ALBA, la Alianza Bolivariana para las Américas. Es un espacio todavía pequeño, pero es el intercambio de lo que en el Foro Social Mundial llamamos "comercio justo": cada país da lo que tiene y recibe lo que necesita. No con las leyes del mercado y del libre comercio, de la OMC. Por ejemplo, Venezuela da a Cuba petróleo porque tiene petróleo y Cuba da a Venezuela lo que ningún país del mundo ha construido: la mejor medicina social del mundo, los más eficientes métodos con-

tra el analfabetismo, los mejores técnicos en deporte. Cada uno conforme a sus necesidades y a sus posibilidades. ¿Bolivia no puede dar? Hasta Bolivia da; yo leí acá en La Nación una notita chica que dice que 18.000 argentinos han recuperado su visión, en hospitales bolivianos –Operación Milagro–, operados por médicos cubanos.

¿Qué quiere decir eso? Que democratizar es desmercantilizar, sacar de la esfera del mercado y pasar a la esfera del derecho, a la esfera pública. Esa es la polarización fuerte: no es entre lo privado y lo estatal, es entre esfera pública y esfera mercantil. El Estado es un espacio de disputa entre los intereses públicos y los intereses mercantiles. Ese es el gran tema de nuestro tiempo.

En su horizonte, el socialismo es una gran esfera pública: universalizar los derechos, socializar los derechos. Elevar como derecho lo que está planteado como poder de compra; significa instituir a todos como sujetos de derecho y no como consumidores, como ciudadanos y no como integrantes del mercado.

Eso está planteado hoy. Se avanzó por los lugares de menor resistencia –Venezuela, Ecuador, Bolivia–, y hay límites en eso, claro, no es que se puede hacer lo mismo de inmediato en Argentina o

en Brasil, países que tienen que encontrar su propio camino de desmercantilización, de construcción de sus democracias sociales. Pero en el horizonte está planteado esto: el tema hoy día infelizmente no es el socialismo inmediatamente, sino construir el posneoliberalismo. Una solución híbrida, pero que va de a poco haciendo avanzar la esfera pública respecto a la esfera mercantil, la hegemonía de un nuevo bloque en el poder.

No es ni una solución puramente electoral, ni una solución insurreccional que destruya al enemigo –porque no hay condiciones para eso–, sino una alternativa de disputa. Uno mira hacia Bolivia y dice "¡cuántas dificultades!", pero están disputando desde el gobierno, desde la Asamblea Constituyente y las iniciativas del gobierno, desde una economía que tiene recursos naturales fundamentales nacionalizados. Una economía que cobraba 18% de impuestos, vendía gas a Argentina y a Brasil a precios solidarios, ahora cobra el 84% y tiene un montón de políticas sociales. Donde la derecha fue derrotada y se replegó hacia la región oriental; antes disputaba a nivel nacional, ahora están ahí, haciendo como si fueran separatistas, no hay posibilidad de separatismo, lo que quieren es que la reforma agraria no toque su poder sobre la tierra, quieren repartir los impuestos a su favor. Pero están a la defensiva. De alguna manera, se está

construyendo un nuevo proyecto hegemónico, multinacional, multiétnico, multicultural.

La estrategia posible hoy es esa. No hay ningún proceso irreversible, sabemos por todo lo que se pasó en la historia, pero se avanzó extraordinariamente: el primer gobierno de Clinton no cruzó la frontera ni siquiera para firmar el tratado de libre comercio con México, no lo necesitaba ya que todo funcionaba relativamente bien. Ahora, miren cuál es el grado de aislamiento de EEUU. Entonces, es una situación bastante favorable, nunca América Latina tuvo a la vez tantos gobiernos progresistas –cada comienzo de siglo es una sorpresa positiva: la independencia, después la Revolución mexicana, Reformas universitarias, y ahora de nuevo un escenario político favorable–. América Latina es el eslabón más débil de la cadena neoliberal, donde el neoliberalismo encontró más resistencias y ahora se producen avances alternativos significativos.

Un poquito ahora de Brasil. Hubo una cierta imagen de que Brasil era el país de la izquierda más avanzada de la región y, a lo mejor, del mundo. En el momento que caía el Muro de Berlín, que la izquierda europea se deshacía, que los partidos comunistas desaparecían, en Brasil se veía la CUT, el PT, Lula, el MST, el FSM, el presupuesto partici-

pativo, daba la impresión de que Brasil estaba a contramano de todo lo que pasaba. Y no era así: Brasil tenía un ritmo de desarrollo un poco distinto, pero finalmente las cosas convergieron relativamente. Al igual que Brasil creía que iba a crecer económicamente aun con la recesión internacional de los años setenta, hubo un cierto momento, en el viraje hacia los ochenta, en que la deuda acható a todos los países del continente, más o menos por igual.

¿Qué fue lo que pasó en Brasil? Cardoso no era distinto de Menem. Probablemente, no comía pizza con champagne, pero el modelo fue similar. Lo que pasó como experiencia específica es que en Brasil se dio un golpe militar (1964) antes que la economía internacional entrara en recesión (1973). Entonces Brasil tuvo del sesenta y cuatro al setenta y tres para crecer: la dictadura militar fue coincidente con la expansión económica. Entonces, aun cuando vino la recesión en el setenta y tres, la economía siguió creciendo, a niveles más bajos, de un 11-13% a un 5-6%, pero siguió creciendo. Significó que el golpe quedó más lejos en el tiempo y se renovó el mapa social del país, se generó una nueva clase obrera. Y ese es el gran protagonista que generó el PT, la CUT, etc. En los otros países fue recesión económica y además reflujo social y fragmentación, incluso como en Argentina el golpe

fue en el setenta y seis, cuando el capitalismo ya había entrado en recesión.

Entonces, Brasil tuvo una temporalidad un poco distinta, lo que significó que cuando vino fuerte el neoliberalismo en los noventa, había una izquierda para resistir, mientras que en Argentina, de alguna manera el peronismo llevó una parte importante del movimiento popular hacia el neoliberalismo, debilitó la capacidad de resistencia y entonces pudo privatizar mucho más.

Además, como Brasil se retrasó un poco en eso, tuvo una nueva constitución después de la dictadura, el neoliberalismo fue tardío: cuando gana Cardoso (1994), ya está la crisis mexicana. Entonces, ya se mira distinto y con un movimiento de resistencia. No se pudo privatizar todo lo que Cardoso quería. Cardoso cambió el nombre de Petrobrás, pasó a ser Petrobrax, para ser una empresa global y privatizada, pero duró 24 horas. Ganas tenía, pero no pudo.

A esa diferencia se suma que la represión fue mucho más fuerte en Argentina: la clase obrera de Lula vivió en la clandestinidad, pero no sufrió la política de destrucción que fue la política argentina en la dictadura. Eso es algo distinto. Brasil y Argentina en general se pueden comparar con la relación entre

EEUU e Inglaterra. Además, la industrialización argentina fue mucho más democrática, fue orientada al mercado interno; la brasilera fue más tardía y ya volcada hacia la exportación, por eso no repartió renta, no construyó mercado nacional, los campesinos quedaron afuera, etc. Entonces, la ventaja comparativa de Brasil se da en otro nivel: se industrializa más tarde, se vuelve una economía más moderna, pero para competir en el mercado internacional, no para repartir renta en el plano nacional.

¿Y qué pasa con el PT? No voy a hacer la historia del PT. Siempre se puede mirar atrás y decir "No, Lula ya en aquel momento...". No es así, el tema esencial, yo creo, viene con el neoliberalismo, que puso al movimiento social a la defensiva desde todo punto de vista, que planteó sus temas como temas centrales. El campo popular no podía desconocer el control de la inflación: no es que un gobierno popular debiera hacer un ajuste fiscal como su objetivo central, pero claro que debe ocuparse del tema de la inflación, los países que no lo hacen tienen problemas serios no sólo de equilibrio económico, sino también por el desgaste del poder adquisitivo de los trabajadores.

Pero el neoliberalismo lo puso como tema central, contrapuesto al desarrollo y a los derechos sociales. América Latina dejó de tener el desarrollo

como tema central para tener el equilibrio financiero, el equilibrio fiscal, etc. Además, generó desempleo, empleo precario, fragmentación de la sociedad, desmovilización. Entonces, cuando ganan estos go-biernos –el caso de Kirchner es un poco distinto, porque fue una coyuntura particular con la explosión de la política de paridad, que hubo en Argentina–, cuando son elegidos Tabaré, Lula, etc., no es como cuando fue elegido Allende, al final de un ciclo largo de movilización popular y con la clase obrera a la ofensiva. Por el contrario, lo son luego de durísimos golpes económicos, de criminalización de los movimientos sociales. Entonces cuando llega, como en el caso de Lula, la gente se sienta y dice "puf, finalmente salimos de esto". No es que se esté desmovilizado: si se piensa la situación de la CUT, una central fuerte pero con un nivel de desempleo alto; el MST también sufre todas esas circunstancias.

Lula entonces no gana con un enorme movimiento popular en auge; además, gana a lo largo de una campaña electoral con inmensas huidas de capitales, con un gran ataque especulativo, hubo una crisis financiera muy fuerte que devaluó la moneda por la mitad. El llamado "riesgo país" era llamado "riesgo Lula": el capital financiero se reivindicaba el derecho de salir del país, en contra de la voluntad de la gran mayoría de los habitantes,

generando inestabilidad y crisis. En ese momento Lula, para ganar, hizo la llamada "Carta a los brasileros", una carta donde dice "ningún compromiso será roto". No hablaba de los compromisos con los jubilados, claro, sino con el capital financiero: no se va a regular la circulación de capital, no se va a dejar de pagar la deuda. En el fondo es eso lo que dice. Ganó, y ganó con ese esquema; no es distinto en el fondo del esquema de Kirchner, aunque este hizo flexibilizaciones importantes en la negociación de la deuda.

Lula ganó y para el que estaba en el PT en Brasil era muy difícil estar en un gobierno que tenía una política económica ortodoxa. Lo que había de nuevo era lo mejor: en política exterior, Brasil, que participó de la fase final del ALCA con EEUU, ayudó a desarticular la posibilidad del ALCA. No solo, por cierto, pero tuvo que ver. Priorizó la integración regional, hizo alianzas con el sur del mundo, etcétera.

La política social no era tan buena: la primera parte fue un desastre: anuncios espectaculares ("Hambre Cero") que han fracasado. La primera reforma del gobierno fue de las aposentadorias, una reforma regresiva para los derechos de los trabajadores. Fueron dos años y medio de dictadura del ajuste fiscal, por las manos de Antonio Palocci,

una especie de primer ministro del gobierno en esos tiempos.

Cuando cayó Palocci –por otras razones, en plena crisis de denuncias a Lula– es que empezó a flexibilizarse la política económica: el gran cambio fue que Lula no puso un ministro de Palocci, puso un desarrollista, gradualista. Y cayó también José Dirceu y puso a Dilma Rousseff, que empezó a ser la gran administradora político-financiero del gobierno, empezó a movilizar recursos para inversiones en infraestructura y para políticas sociales.

Entonces, Lula logró sortear la crisis de las acusaciones de corrupción a su gobierno, a través de la repercusión social de sus políticas. Que no son políticas geniales, ni son las que queríamos que fueran, pero la combinación de los programas Bolsa Familia, microcréditos, electrificación rural, control de los precios de los productos agrícolas, elevación real del poder adquisitivo de los salarios, el aumento en el empleo formal son un conjunto de políticas que tienen efectos reales sobre la vida de los más pobres, la gran mayoría de la población brasileña.

En el campo de la oposición, como en todos los otros países de la región, la cabeza de la oposición

de derecha es protagonizada por la gran media privada [medios masivos de comunicación]. A pesar del carácter relativamente moderado del gobierno Lula, la gran prensa privada está absolutamente en contra, ferozmente en contra. Como dijo un periodista de derecha, cuando Lula ganó la segunda vez, "el pueblo derrotó a la opinión pública". Claro, ellos inventaron la opinión pública y el pueblo no la respetó, sin tener canales de opinión; fue resultado de la política social –no sólo de los pobres, otros se convencieron porque la economía retomó su crecimiento, no espectacular a la manera de la Argentina, que venía de un nivel más bajo, por la crisis del 2001-2002, sino más gradual, pero lo retomó de forma sostenible.

Entonces, la combinación de esos elementos hace con que Lula tenga un 70% de apoyo, y 11% de rechazo, con toda la prensa en contra. El nordeste de Brasil tiene un nivel de consumo sumado mayor que el Sur de Brasil, la región más rica. En la distribución de renta, las clases mayoritarias no son las A y B, sino la clase C: las políticas de distribución de renta elevan el poder adquisitivo de los pobres significativamente.

Bueno, todo eso con costos graves. Primero, despolitización de los conflictos: Lula tiene un discurso donde no apunta quiénes son los enemigos,

dónde están y además, el PT dejó absolutamente de ser un partido movilizador. Lula no moviliza y el PT está neutralizado; las últimas elecciones internas recompusieron la vieja mayoría, sin prestigio, ni capacidad de iniciativa y movilización política. El futuro de Brasil depende del Gobierno Lula, no del PT: Lula definirá quién va a ser el candidato a su sucesión. Lula, que tiene las posiciones ambiguas que ustedes conocen, pero que está cosechando un éxito impresionante desde el punto de vista social y de su política internacional.

Dilma Rousseff, la candidata, es la cara del gobierno que resultó, además de tener una trayectoria personal excepcional: nosotros militamos juntos en la clandestinidad, y no sé si vieron cuando la llevaron al Congreso hace tres semanas para una interpelación tonta. La primera pregunta fue de un tipo de la derecha, que le dijo "usted confesó que mintió durante la dictadura: ¿cómo vamos a creer en su palabra?". Ella le respondió: "Señor senador, yo tenía 19 años, fui presa tres años, fui salvajemente torturada, y mentí en la tortura para no entregar a los compañeros. Me enorgullezco de haber mentido, no hay verdad en la dictadura. Estábamos en lados opuestos". ¡Terminó la interpelación! Es una desarrollista –plan de reactivación económica, etc.–, pero muy competente.

Lula exportó la crisis hacia el PT, que fue la compra de aliados a través de recursos (no al enriquecimiento personal) y quedó la imagen de que fueron los "petistas" que cometieron todos los errores, exceptuando a Lula. Quedó la imagen de que Lula es bueno y que el PT es un partido que se corrompió, se revirtió la imagen histórica del PT como partido puro, ético, hacia un partido que hace negocios, chanchullos, etc., lo cual es una pérdida gravísima e irreversible. El gobierno de Lula puede generar una continuidad o no, a partir de la recuperación relativa del poder adquisitivo de la gente, si Lula demuestra capacidad de transferir su liderazgo, la política internacional que dio resultados, etcétera.

Hay países que, porque han tocado mucho más hondo los intereses de la derecha, como Venezuela y Bolivia, tienen que enfrentar reacciones más fuertes. Lula dijo, cuando fue reeligido: "Nunca los ricos ganan tanto, nunca los pobres mejoran tanto". Pero aunque su segundo mandato es mucho mejor que sus primeros años, Brasil mantiene la tasa de interés real más alta del mundo, una remuneración al capital financiero altísima, se incentiva el agronegocio de exportación centrado en la soja transgénica. Pero siguen y se intensifican las políticas sociales que dan gran apoyo popular al gobierno.

Es un gobierno esencialmente contradictorio, porque a la vez está recomponiendo relativamente el Estado, con aumento del empleo formal, mejoría de las remuneraciones de los trabajadores, mayor capacidad de inversión estatal. Y la alternativa está a la derecha. La ultraizquierda se aisló, no tiene ninguna presencia política y tampoco tiene capacidad de movilización social, aliándose, en muchas circunstancias, con la derecha, contra el gobierno.

Tenemos tres tipos de estados en América: los neoliberales –México es el caso típico, donde se intenta empezar un proceso de privatización de PEMEX–, los países que buscan refundar el Estado –como Bolivia, Ecuador, Venezuela– y construir estados nuevos, y los estados que recomponen capacidad regulatoria y de inversión del Estado, como Brasil y Argentina.

Yo diría, entonces, para terminar, que el mundo viejo se agotó prematuramente. Pero insiste en sobrevivir, porque tiene la hegemonía mundial de libre comercio, neoliberal. Y el mundo nuevo empieza a nacer con mucha dificultad. Primero, porque no hay un modelo elaborado, es una situación nueva, no está el socialismo como horizonte histórico inmediato. En segundo lugar, porque los propios sujetos históricos son sujetos nuevos: uno va a Bolivia y son movimientos indígenas,

que empiezan a tener capacidad de elaboración sobre que es un nuevo Estado, una nueva política energética, de reforma agraria, etc. Es un proceso más largo en el tiempo.

Y en tercer lugar, más allá de que Venezuela tiene una capacidad de intercambio con el petróleo, son países débiles. En Bolivia el Estado estaba deshecho. ¿Por qué el gobierno boliviano no convocó a la Asamblea Constituyente, como lo había planteado, conforme a la representación de los pueblos indígenas? Si lo hubiera hecho, habría habido un boicot inmediato de las regiones donde está la mayor riqueza del país. Como dice Álvaro García Linera, en Venezuela el Estado es fuerte, la burguesía empresarial es débil. Si ella hace boicot, se jode a sí misma. Desde que recuperaron PDVSA el Estado es fuerte. En Bolivia no, el Estado estaba deshecho. Si desde un comienzo hubieran convocado a la Asamblea Constituyente con representación indígena y hubieran obtenido el 85% o el 90% de los votos, la derecha la habría boicoteado, habría dejado de pagar impuestos, etc. Entonces, los han llevado a la asamblea no por "traición", como dijo James Petras. Yo estaba allá, en el momento de la toma de posesión de Evo, cuando salió un artículo de Petras diciendo que Evo Morales "traicionó", que Álvaro García Linera era "un intelectual neoliberal". Al contrario, la lógica es: si

no los atraían para disputar hegemonía en la constituyente, harían un boicot; la constituyente podría decidir lo que quisiera, pero las riquezas las tienen ellos.

Entonces, es un mundo nuevo que surge con grandes dificultades, pero que apunta hacia un horizonte también nuevo en América Latina. ¿Cuándo un indio hubiera podido gobernar Bolivia? Hay un chiste, en la campaña electoral, de unas mujeres burguesas jugando cartas, donde una pregunta: "¿Pero un indio puede ser presidente de la República?", y otra responde: "Sí, de India".

Ustedes vieron aquella película sobre la campaña electoral de Sánchez de Lozada: quien le dirigió la campaña fue James Carville, el mismo que hizo la campaña de Clinton, Cardoso, etc., y donde todas las reuniones –Sánchez de Lozada habla español con acento inglés– eran en inglés. Y ganó dos veces, un blanco blanquísimo, rubio, norteamericano.

Como decía una india boliviana, en el día de la victoria, a los periodistas extranjeros: "Ustedes venían acá porque tumbábamos presidentes; ahora vinieron porque elegimos un presidente". Un fenómeno extraordinario, una cosa nueva en la historia. América Latina no está rígida por los cambios

tradicionales, no es un movimiento de clase obrera directamente, aunque en Bolivia, en Ecuador, claramente los sindicatos participan.

No es entonces el Partido Socialista, ni el Partido Comunista; no es el socialismo que dirigen los procesos más avanzados del continente, pero cuanto más elementos tenga el anti-neoliberalismo de anti-capitalismo, más el socialismo puede construirse. Esa es la disputa: el posneoliberalismo es el camino de negación del capitalismo en su fase neoliberal, que mercantiliza todo, en que todo tiene precio, todo se compra, todo se vende. El posneoliberalismo, al contrario, afirma derechos, valores, esfera pública, ciudadanía y ahí se da la disputa fundamental de nuestro tiempo, en que América Latina es el escenario más importante, el eslabón más débil de la cadena neoliberal.

INTERCAMBIO

—¿Cómo estás viendo el proceso a nivel mundial de la inflación del precio de los alimentos, el vuelco de capitales financieros hacia los commodities y lo que puede significar esto junto con la hipotética continuidad del aumento de la energía?

Creo que son aspectos distintos, que convergen por el lado negativo. Primero, en cuanto al tema energético: la creación de fuentes alternativas de energía en sí misma es positiva; porque, mejor que sean Irán y Venezuela los que tienen petróleo, pero el petróleo se disparó de U\$S40 a U\$S130, es una locura, inviabiliza cualquier economía de cualquier país mediano o pequeño.

El tema es saber con qué se trabaja, con qué tipo de insumos. Lula está intentando universalizar algo que para Brasil funciona, porque no es necesario destruir la agricultura para producir etanol; ahora, en otras partes sí. Además el tema principal no es tanto eso, sino qué se está haciendo con la economía transgénica, sin fortalecer la economía familiar, la pequeña producción ni nada: la gran producción es devastadora. Pero no se debiera criminalizar la búsqueda alternativa de energía a par-

tir de la caña, es una alternativa, una diversificación. El tipo de economía que se hace, el tipo de insumo que se pone es todo un tema.

Por otro lado, los capitales corren ahí porque hay libre comercio, van para donde tienen ganancias, mercados. Ahora, es cierto también lo que dice Lula: suben los precios por los subsidios del Norte y por el precio del petróleo. Lula está tratando de obviar una discusión seria –transgénicos, soja, gran propiedad en Brasil–, etc., apuntando hacia el petróleo. Pero es cierto que el petróleo es lo que todos usan. Parece una cosa interminable y no se criminaliza eso. Debería ser un factor importante para empujar hacia formas alternativas: gas, etc. Pero como hay intereses fuertes coincidiendo ahí, los precios de los productos agrícolas suben por el petróleo, los subsidios en el Norte, el etanol y otros factores relacionados. Hay una combinación de varios aspectos, dentro de una lógica de libre comercio y monopolio de la tierra. Individualizar un solo aspecto es criminalizar un sector determinado, y los que están pagando el precio son los países más pobres, que no tienen petróleo, que no pueden exportar sus productos a los países centrales por la protección de los subsidios. No se debe colocar sólo como factor de aumento de los precios al etanol que, si bien es un factor real, por cierto, debe tenerse en cuenta, pero junto a los otros fac-

tores. El tema de petróleo está además teñido de especulación, y empuja hacia arriba.

–Ya que dijiste que la pelea más fuerte es la penetración del estilo de vida norteamericano, su hegemonía, ¿cómo ves o en qué estadio está la construcción del ALBA, la propuesta de una contracultura diferente? Como no hablaste del Foro, que quedó ahí colgando, ¿En qué condiciones ves a este proyecto?

El pensamiento más avanzado de la lucha anti-capitalista, el pensamiento marxista, tenía como eje –no por cierto exclusivo, pero sí determinante– el trabajo, desde todo punto de vista: desalienación, superación de la explotación, como articulador de la nueva sociabilidad. Ese era un elemento que iba generando sociabilidades nuevas; hoy no. Hoy el trabajo está fragmentado, el que trabaja y no tiene contrato de trabajo ni siquiera puede sindicalizarse, menos ir a la justicia. Entonces, se pierde un elemento esencial. Otros sujetos –el movimiento indígena, por caso– tienen su propia sociabilidad, pero nadie va a querer que quien no sea indígena viva como un quechua.

En eso hay dificultades serias: no hay otra forma de sociabilidad alternativa en el mundo hoy.

El avance de las ciudades, de las grandes metrópolis, es un avance mercantilizador de todo, desarticulador de los espacios públicos en función de los *shopping centers*. Tomen una ciudad, un barrio, que no tiene *shopping center* ¿qué pasa después de que se crea un *shopping*? Se desarticulan los espacios públicos, gratuitos, de convivencias de todas las clases sociales, a favor de algo selectivo, la utopía del capitalismo neoliberal, donde todo es comercio. Cuando el espacio público es gratuito, están la plaza, los perros, los niños, puedes comprar helado o no. Un espacio incluso de pertenencia, de identidad.

Buenos Aires se mantiene entre otras cosas porque tuvo subtes un siglo antes, eso permite una ciudad más horizontal, la gente puede circular más. Pero vayan a Sao Paulo, se desarticuló todo lo que tenía que ver con lo colectivo de lo urbano, con los espacios públicos, a favor de los *shopping centers*. Buenos Aires resiste más desde un estilo europeo, aunque va en esa dirección, pero mucho más lentamente; lo que pasa en Ciudad de México, en Lima, en Lagos, en Teherán, donde no hay identidad colectiva, la articulación es por el consumo. Es más práctico ir a un cine en un *shopping center*: compro, voy al banco, dentro de poco va a haber maternidad, va a haber cementerios, se puede vivir ahí... Pero es una privatización de la vida, de los

espacios públicos, una distribución clasista territorial de las ciudades.

Es una pérdida brutal, yo creo, y no veo hasta dónde estamos construyendo otra cosa. Los Sin Tierra tienen una sociabilidad particular en los asentamientos, pero no es un modelo universalizable, tiene que ver con la tierra. A la desmercantilización la tenemos como idea, pero no genera todavía una forma de vida. Es algo que tardará mucho en modificarse, lograr crear otra forma de sociabilidad, porque está enraizado muy profundamente en la vida de cada uno de nosotros el estilo de vida neoliberal. Incluso en algo que tiene una avanzada muy fuerte en cada casa, como es la televisión comercial: desarticula hasta la convivencia familiar, que ya no está alrededor de la mesa, que era autoritaria, pero uno miraba al otro, ahora todos miran la televisión o se conversa sobre la televisión. No estoy criminalizando a la televisión, tiene cosas muy buenas, pero es un elemento dentro de la vida cotidiana e inmediata que forma parte de esta generación de hegemonía norteamericana, basada en la imagen. El paso de la hegemonía europea a la norteamericana es el paso de la cultura escrita a la cultura de la imagen, que ya no necesita ni la alfabetización de la persona. Hollywood es quien dice lo que es bueno, lo que es malo, lo que es feo, lo que vale la pena, y pasa a ser una

concepción de vida total. Mi generación creció con los films de *far west*, que retratan la colonización, la opresión de las poblaciones originarias indígenas, desde el lado de los dominadores, donde estaba el buen mozo, John Wayne, el americano indómito. Y las películas de guerra: todas de luchas de los blancos contra otras razas. La gran masacre fue hecha con la colonización, pero en el mundo más contemporáneo fue hecha por el régimen nazi. Sin embargo, no hay una película norteamericana en contra de los alemanes nazis, la única fue hecha por Charles Chaplin, inglés, "*El gran dictador*", que tuvo que salir de EEUU antes de su estreno, porque era insoportable el clima: porque los alemanes son igualitos a los americanos, blancos, anglosajones, protestantes, racistas, etcétera.

El cine norteamericano difundió una visión racista del mundo, de las poblaciones indígenas y de las otras etnias. Y eso se va enraizando: vean los estudiantes de Sucre lo que están haciendo con los indígenas, una cosa racista, muy fuerte. Es que si Sánchez de Lozada fracasa, -la expresión usual de la derecha sobre Evo Morales, es "ese indio de mierda"- es el fracaso rotundo de la teoría de la modernidad capitalista. Si Cardoso, el más brillante sociólogo latinoamericano, no resulta y Lula resulta; si ese cholo que es Hugo Chávez resulta, bueno, "el mundo está patas para arriba". Enton-

ces, la cuestión racista es muy fuerte, y contra eso hay que construir otra sociabilidad; está muy enraizada, al lado de la lógica del consumo.

La solidaridad es una compensación, hoy día, pero no hay todavía una vida articulada alrededor de la solidaridad. Hay ejemplos importantes, claro: hay más cubanos trabajando en el mundo como médicos, que toda la Organización Mundial de la Salud trabajando no en la capital, sino en el interior de los países más pobres del mundo. Pero la misma situación económica de Cuba no permite construir una modalidad de sociabilidad universalizable. Los mismos cubanos son presionados por la expectativa de consumo. Es entonces una pelea ideológica muy fuerte, el aspecto en donde estamos más débiles.

–Emir, el Foro Social Mundial se generó a partir de una serie de articulaciones, de movimientos sociales, de iniciativas populares, en distintos países, y fue adquiriendo un nivel de referencia importante. Sin embargo, de ahí a que se da este proceso que vos mencionabas, cómo fueron creciendo los procesos populares en distintos países de Latinoamérica, paradójicamente –o no– se fue produciendo también un debilitamiento de ese Foro, de ese espacio de acumulación continental e internacional. ¿Qué lectura hacés de ese proceso?

El Foro nació justamente como resultante de la resistencia al neoliberalismo, por movimientos sociales y por ONG. En su nacimiento, digamos que se confundió el rechazo a partidos tradicionales con el rechazo a partidos; el rechazo a la política tradicional con el rechazo a la política, el rechazo a las formas de poder tradicional con el rechazo al tema del poder. Esa definición de la carta original, en que se delimita que sólo participa "la sociedad civil", es una noche de gatos pardos, porque ahí están los sindicatos y los banqueros, los narcotraficantes y los estudiantes, y eso tiene un sesgo neoliberal, anti-gobierno, anti-Estado, anti-política. Entonces, digamos, sirvió en América Latina en el período de resistencia, pero ahora se debe cambiar eso, esa definición castra la posibilidad de luchar por hegemonías alternativas. Esa idea de "pensar global, actuar local", ¿cómo se va a regalar a los otros la actuación global? Y la gran actuación del FSM fue contra la guerra, las grandes manifestaciones contra la guerra de Irak; y después ni balances se hizo de eso. Eso por hablar del Foro.

Creo entonces que el próximo FSM tiene que tener una fuerte impronta latinoamericana, no porque sea nuestro continente, sino porque aquí es donde se está empezando a construir ese otro mundo posible: con el ALBA, con las alternativas políticas, con la Operación Milagros, con las Escue-

la Latinoamericanas de Medicina, son formas alternativas de construcción de un mundo no mercantiles.

Y hay que tocar el tema de la guerra como un tema central: porque querámoslo o no, ahí está. Y los EEUU hacen la guerra y negocian la paz: ¿Cómo puede EEUU ser el negociador de la paz en Palestina, si son aliados estratégicos de Israel, que ocupa los territorios palestinos? Entonces, hay que mostrar que hay alternativas, algo que logramos en el último Foro Social, paralelamente, no en el centro del Foro, una actividad que planteaba una consigna del tipo "un mundo sin guerras es posible": cómo se negocia salidas alternativas, pacíficas, justas, para Colombia, Palestina, Irak. Si no se toca ese tema, yo creo que el Foro seguirá ausente del mundo, fuera de los momentos de su realización y seguirá girando en falso.

Por eso es que las ONG no querían que volviera a América Latina, porque está "sobrepolitizada". Hay que hablar de guerra, hay que hablar de imperialismo y construir otro mundo posible, no sólo resistir al mundo existente. Entonces, hay que hacer un gran acto con Evo Morales, con Hugo Chávez, con Rafael Correa. Y que incluso Lula y Hugo Chávez aparezcan juntos, cada uno con su estilo, pero juntos. Y hacer del eje de la guerra y de

la paz en el mundo uno de los ejes centrales del FSM, junto a la construcción de alternativas pos-neoliberales.

–En este análisis que hacés de América Latina y la realidad de sus países, y en esta disputa entre mercantilización y poder garantizar derechos, algunos de los países se han dado a la estrategia de los movimientos constituyentes –Bolivia, Ecuador y Venezuela–, y Brasil, Uruguay y otros no se inclinaron por esa estrategia. ¿Qué lectura hacés de esto, qué características, qué es lo que facilita o no el avance en este sentido?

Creo que la hegemonía liberal. Brasil tuvo una constituyente, pero para terminar con la dictadura y refundar el Estado democrático-liberal, fue un punto de llegada. Tiene elementos sociales un poco más avanzados, es normal que fuera así, pero el marco institucional es liberal: en Brasil, como en Argentina, la resistencia armada fue derrotada, y ahí se abrió el espacio para la lógica de la democracia liberal. Entonces, existiendo o no constituyente o nueva constitución, el marco fue reestablecer la democracia.

En los otros casos, lo que están buscando es refundar el Estado, con la crítica del régimen de poder existente. En el caso de Bolivia esto es muy

claro: ¿qué pasó con la Revolución del cincuenta y dos? Ahí vino el derecho universal de voto... con tal que el indígena pase a ser castellano, deje de hablar su idioma y haga concurso público en castellano, vaya a la escuela a aprender castellano. "Desindianizar" el país: era una constituyente democrático-liberal, que fue la más avanzada hasta el momento, pero que no correspondía con lo que era el país real. Igual a como ocurre en Ecuador ahora, donde están planteando objetivos anti-neoliberales. Eso da otro carácter en la constitución, yo diría "posneoliberal", de refundación del Estado alrededor de la esfera pública y los derechos.

El marco constitucional liberal se da alrededor de la afirmación de que "todos somos iguales ante la ley" y, como decía Marx, ahí empieza la desigualdad, porque somos desiguales en la realidad. Son constituciones que privilegian el derecho a la propiedad –que atañe a una ínfima minoría– por sobre el derecho al trabajo, que atañe a casi la totalidad de la sociedad. Tengámoslo claro: el capitalismo es el único sistema que absolutiza el derecho a la propiedad, donde si yo tengo una propiedad no productiva y es mía, y si alguien la toca yo sé a quién llamar y hay consecuencias inmediatas, viene la policía y saca a la gente. Ahora, si yo pierdo el trabajo, ¿a quién voy a reclamar? ¡A nadie! La capitalista, la liberal, es una concepción ideológica que

absolutiza el derecho a la propiedad, mientras que al derecho al trabajo lo relega a un plano meramente formal, donde sobre todo no hay instrumentos de garantía en algo que atañe a la mayoría aplastante de la población. Eso da su carácter de clase.

Y es algo que está cambiando en algunos casos: Hugo Chávez planteó, hacia el 2010, disminuir la jornada de trabajo a seis horas. Y tiene críticas de ser "populista": la única manera de resolver el desempleo es trabajar menos para que puedan trabajar todos. Y es un elemento clave: desplazarse de la gobernabilidad económico-financiera, en función de la recomposición de un valor fundamental como el derecho al trabajo.

Entonces, creo que estas condiciones son de otro tipo. En el caso de Venezuela se ha creado la nueva constitución al inicio del proceso, cuando todavía no tenían muy clara la cosa. Los avances más importantes, como los consejos comunales, los hicieron después, pero siempre está la idea de refundar el Estado.

-Dentro de este proceso, de este período que describías como de "hegemonía inestable" que tenemos por delante, aparece el tema de la crisis del dólar un poco como síntoma de lo que ha sucedido hasta acá, pero también -por lo menos desde algu-

nos análisis- como un detonante de otra etapa de crisis. Las preguntas son dos: ¿qué visión tenés desde esta perspectiva de pensar una crisis del dólar como moneda hegemónica mundial? Y por otra parte ¿qué viabilidad o bien qué necesidad tendría la región de buscar una moneda común como alternativa?

No sé si sabría dar todos los elementos de la crisis del dólar, pero una cosa hay que tener en claro: EEUU desterritorializó mucho su producción, es un país mucho más de servicios que de producción. Porque explota a la clase obrera mexicana, pakistani, china, brasilera, india, etc. Entonces, una parte del déficit comercial y de la debilidad del dólar viene de eso: las empresas americanas siguen siendo muy fuertes, pero no necesariamente en territorio norteamericano, lo que da un desbalance comercial, importan cosas, etc. Mucho de lo que está escrito "*Made in China*" está hecho con empresas norteamericanas, no con empresas chinas necesariamente. Entonces, la debilidad del dólar no es del tamaño de la debilidad de la economía norteamericana, si así fuera, estallaría en pedazos.

Es una moneda todavía con fuerza, al punto que el comercio mundial sigue en gran medida dolarizado. Ni la OPEP está desdolarizada. Ahora, claro que se debilita en escala mundial su eco-

nomía, está el déficit norteamericano, etc., es síntoma de una debilidad, incluso la clase obrera norteamericana es siete veces más cara que la clase obrera mexicana. Las empresas se fortalecen con las ventajas relativas que tienen, pero creo que es irreversible esto.

Claro que la moneda única es fundamental. Rafael Correa dice "estoy loco por salir del dólar, pero ¿voy a volver al sucre?" Hasta Lula está hablando de moneda única. Pero moneda única significa política económica única, Banco Central único. No será posible con Bancos Centrales independientes.

En Europa la creación de la moneda única tuvo un carácter financiero, pero las monedas nacionales no sobreviven, por eso una moneda regional, para resistir, tendría un papel importante, porque daría otro carácter al Banco del Sur, porque ahí sí las reservas podrían ser aplicadas de otro modo. Hablar de eso, de cualquier modo, es ya un paso importante: darse cuenta que la integración significa también moneda única, Banco Central único y política económica única. Ahí sí se cruzaría el tema de que la etapa de integración regional no puede mantener un modelo de libre comercio: cuando Lula habla de una moneda única sin pensar en las consecuencias, se daría cuenta que no puede

tener políticas de libre comercio como se tiene hasta ahora con un Banco Central independiente.

Uruguay también tiene elecciones, Lula tiene dos años y medio más. Quedan algunos años por delante con estos gobernantes, y el drama tanto de Brasil como de la Argentina es que las alternativas hasta ahora están a la derecha. El PSOL es una catástrofe en Brasil, fracasó políticamente.

En algún momento, para la biografía personal de cada uno, era más fácil salir del PT. ¿Cómo voy a estar en un partido con una política económica como la de Palocci? Pero para la acumulación de fuerzas del movimiento, de la izquierda, sería un error haber salido.

Y en Argentina, hasta ahora por lo menos, tampoco hay alternativa política a la izquierda, la oposición está hegemonizada por la derecha. Entonces, la continuidad de estos gobiernos significaría la continuidad del proceso de integración, con todas las debilidades que tiene.

–Desde tu óptica, ¿cuál es la amalgama mayor que tiene la clase asalariada en la regionalización latinoamericana, y cuáles son los elementos de disociación más importantes que podemos tener de acuerdo al libre mercado o al consumismo?

Creo que ustedes deben saber mucho más en concreto las consecuencias del proceso de integración. Comparativamente, el sur de Brasil fue víctima de la competitividad argentina: Rio Grande do Sul, por ejemplo. Pero no sabría decir a nivel general. Lo que sí, no hay una política de integración que incorpore el tema del mundo del trabajo. Ni siquiera planes de industrialización, ni siquiera eso hay; es un retraso enorme, las consecuencias sociales que vendrán no pasan hasta hoy por el proceso de integración.

El ingreso de Venezuela empieza a plantear algunos objetivos un poco distintos, pero no es el país del mundo del trabajo, que tiene esa temática fuerte; debieran ser Brasil y Argentina, y no lo son. Entonces, creo que está un poco abandonado el tema o peor, no existe como tal. Las centrales sindicales no tienen un papel determinante en este sentido.

-Quisiera hacerte una pregunta, porque rondó en muchas de tus intervenciones acerca de esta fase actual del capital el tema del avance del capital financiero y a la vez el tema de la precarización, de la informalidad laboral. Pregunto, porque además estuvimos la otra vez con una compañera que es constituyente de Ecuador, y nos contaba que dentro de la constituyente se estaba planteando

que sea una pauta constitucional la prohibición del trabajo precario y mercerizado. Me llamó poderosamente la atención, porque si es una pauta constitucional, es una discusión un poco más compleja. En Brasil ¿tenés una idea de qué porcentual de estos puestos de trabajo generados son trabajos reglamentados, y cuál es el porcentual del trabajo precarizado? Y, por otro lado, ¿qué nivel de sociabilidad se genera a partir de que –por lo menos en la Argentina– la mayor cantidad de trabajo que se genera es trabajo precarizado? Porque eso tiene como consecuencia toda una problemática cultural y de organización; este es un debate dentro de nuestra CTA bastante fuerte, en cuanto a qué formulaciones hay que dar.

No, cuando dije "aumento del nivel de empleo" me referí al formal. En Argentina también hubo, ¿no? Al igual que Brasil, con nivel de baja calificación. Esos son los dos elementos: aumentó el número de trabajadores con contrato de trabajo, pero con baja calificación. Yo no sé exactamente en términos sectoriales cómo es, lo que está claro, supongo que en la Argentina también, es que hay en los últimos cinco años negociaciones siempre hacia arriba, conquistas por encima del nivel de inflación. Entonces, termina fortaleciendo la capacidad organizativa. No sé si es que esa gente se organiza, o si es que disminuyendo el ejército de

reserva fortalece el nivel de reivindicación. Pero claramente hay eso; y lo hay como subproducto del crecimiento económico, no es una política social centrada en el empleo, para nada. Es una política social, donde es malintencionado tacharla de "asistencialista", porque en Brasil, por lo menos, es para sesenta millones de personas y aumentando sustancialmente el nivel del consumo. Donde es cierto que esa gente no se organiza políticamente. El drama del PT es que no logra organizar esa base pobre, porque es la que está lejos, y que sería la renovación social del PT. Está claro que hay organizaciones nuevas, probablemente alrededor de cooperativas, en el Nordeste, pero no organizadas políticamente.

Entonces, yo creo que sigue siendo mayoría el trabajo informal, pero hubo un neto crecimiento del trabajo formal, supongo que al nivel del argentino. A lo mejor menos, porque no hubo un bajón como hubo acá, pero con un crecimiento más sostenido.

Lula tiene un sentimiento popular, sí, pero desconoce que existe el imperialismo. Se relaciona con EEUU como si sólo fuera un país más rico, entonces puede negociar, etc. La diferencia con Hugo Chávez es que él sabe que el fenómeno fundamental del mundo es la hegemonía imperial, de

guerra, explotación, etc. Y Lula o no sabe, o no quiere saber, entonces su política exterior tiene elementos que son anti-norteamericanos, pero no anti-imperialistas.

LA CRISIS HEGEMÓNICA EN AMÉRICA LATINA

América Latina atravesó períodos históricos claramente diferenciados durante las últimas décadas, cuyas transiciones provocaron procesos de profunda y constante inestabilidad social y política, que marcan la historia de nuestro continente, un continente de revoluciones y contrarrevoluciones.

EL MODELO DESARROLLISTA

Como reacción ante la crisis de 1929 se organizaron, de diferentes maneras, reacciones que promovieron distintos grados de desarrollo industrial, de fortalecimiento del mercado interno, de construcción de proyectos nacionales. Este período tuvo inicio en la década del treinta, se prolongó con el largo ciclo expansivo del capitalismo internacional de la segunda posguerra y produjo una gran novedad histórica. Hasta ese momento la periferia capitalista estaba condenada a ser exportadora primaria, mientras que la industrialización era monopolio de los países del centro del capitalismo. La teoría del comercio internacional se encargaba de

teorizar y justificar la aceptación de esa modalidad de división del trabajo internacional heredada de la era colonial.

Se caracterizaron tres grupos de países, según su posible reacción a la crisis de 1929: los que lograron asumir proyectos de industrialización sustitutiva de importaciones de modo de transformar la estructura productiva del país (Argentina, México, Brasil); los que dieron pasos en esa dirección (Perú, Chile, Uruguay, Colombia); y los restantes, que no lograron salir de las estructuras de exportación primaria. Aún así, por más que opere el "privilegio del atraso", propiciado por la ley del desarrollo desigual y combinado, la industrialización atrasada encuentra un mercado mundial constituido, con el cual debe acertar cuentas para poder insertarse.

Las modalidades dependientes de industrialización periférica fueron debidamente analizadas por Ruy Mauro Marini (Nota: Ver Ruy Mauro Marini, *A dialética da dependência*, org. Emir Sader, Ed. Vozes, Petrópolis, 2000), con la acumulación dirigida hacia la exportación y la alta esfera del consumo, centrada en procesos de superexplotación del trabajo, con las consecuencias sociales que se inscribieron profundamente en las estructuras sociales de nuestros países –el continente de

mayores desigualdades entre todos, por lo tanto, el más injusto del mundo.

América Latina transformó su fisonomía como nunca antes lo había hecho en su historia, ya sea desde el punto de vista del desarrollo de las fuerzas productivas, como de la constitución de las clases sociales fundamentales, en la expansión de la capacidad de regulación, de realización de políticas sociales, de fomento de la producción por parte del Estado, o en la elaboración de proyectos nacionales, en la organización de fuerzas sociales y políticas, en la formación de identidades culturales. Los procesos de movi­lidades sociales tenían carácter ascendente, principalmente desde el sector primario hacia el secundario o el terciario, lo cual significaba la adquisición de contrato formal de trabajo, la promoción a la ciudadanía social. Así se fue constituyendo un gran proletariado urbano, mientras se expandían los sindicatos, se fortalecían los partidos de carácter popular, se desarrollaba una cultura ciudadana, de derechos, de democracia política y social, a pesar de la profunda desigualdad social.

Ese período desembocó, al final del largo ciclo expansivo latinoamericano, en grandes conmociones sociales y políticas (dictaduras militares, movimientos guerrilleros, triunfos revolucionarios). En

el telón de fondo se encontraban el fin del ciclo desarrollista, de la capacidad reguladora del Estado, de la expansión del mercado interno de consumo masivo, de los movimientos nacionalistas y de las alianzas de clase entre sectores de la burguesía industrial y fuerzas representantes de los trabajadores y del campo de la izquierda.

Terminaba un período hegemónico por un bloque de clases en el poder que había adquirido un cierto grado de estabilidad, porque estaba fundado en un proyecto que articula un modelo de acumulación de capital, que proyectaba intereses comunes de expansión del mercado interno de consumo, de integración de contingentes crecientes de trabajadores a la economía formal, de fortalecimiento del rol del Estado, de defensa, en cierta medida, del mercado interno, de promoción del desarrollo económico.

LA HEGEMONÍA NEOLIBERAL

Una vez agotado el modelo y concluido el período, después de un tenso proceso de transición, se instaló un modelo neoliberal en un mundo dominado por la hegemonía imperial norteamericana. La desregulación –tema estratégico del nuevo modelo– no propició un nuevo ciclo expansivo, sino

una brutal y masiva transferencia de capitales del sector productivo al especulativo. Liberado de sus trabas, el capital migró fuertemente hacia el sector financiero, comprando papeles de las deudas de los Estados y circulando en las bolsas de valores.

Al mismo tiempo se debilitó la capacidad reguladora de los Estados como también, y a consecuencia de la generalización de los endeudamientos y de las cartas compromiso impuestas por el FMI, se retrajeron las políticas sociales, con procesos de privatización del patrimonio público y de apertura e internacionalización de las economías.

Se instalaba un nuevo bloque en el poder, hegemonizado por el capital financiero aliado a los grandes grupos exportadores, con un nuevo protagonismo de los agronegocios, en los cuales la soja pasó a tener un papel dominante. El punto más frágil de las alianzas pasó a ser su débil capacidad de creación y reproducción de bases populares de apoyo. El nuevo bloque logró incorporar sectores de la clase media alta reciclados en los procesos de globalización de la economía, provocando una gran fractura en las capas medias, en las cuales los sectores tradicionales tendían a la proletarización.

El nuevo modelo, a pesar de su inicio fulgurante, contando con gran apoyo internacional, con

un respaldo prácticamente unánime de los grandes medios masivos de comunicación privados, fue aclamado como el gran instrumento de estabilidad financiera, de saneamiento de las finanzas públicas, de promoción de un nuevo ciclo de modernización y expansión de la economía. El control inflacionario fue llevado a cabo a costas del aumento exponencial de la deuda pública, con tasas de interés altas, teniendo como telón de fondo el reemplazo del objetivo de desarrollo económico por el de estabilidad financiera, en un continente que arrastraba grandes problemas económicos y sociales no resueltos.

Después de un período en el que el control inflacionario le imprimió aires de victoria al nuevo modelo, comenzaron a sucederse tempranamente las crisis que revelaban la capacidad limitada de reproducción de sus condiciones de existencia –México 1994, Brasil 1999, Argentina 2001-2002. La apertura de las economías, aliada a la dependencia estructural del capital especulativo, produjo fragilidades que permitieron dichas crisis y revelaron las debilidades del nuevo modelo, sin que hubiese cumplido sus promesas de reanudación de la expansión económica, de modernización y de generalización de la posibilidad de consumo para todos.

¿Por qué sucedió esto, si el bloque occidental, con los Estados Unidos como líder incuestionable, triunfó en la guerra fría, con la desaparición del campo que se le oponía y representaba otra propuesta de sociedad y de visión del mundo? ¿Por qué sucedió esto, si hubo una transición generalizada, asumida por prácticamente todas las fuerzas del espectro político e ideológico, desde el modelo regulador hasta el modelo neoliberal?

El factor central fue que, en la crítica al rol regulador del Estado, que ejercería un papel incómodo frente a la libre realización del capital, estaba enquistada la tesis de la libre circulación, en una creencia real de que "el mercado es el mejor destino para los recursos", lo que en la práctica significó una masiva transferencia de capital del sector productivo hacia el especulativo. Éste, como expresión del fenómeno estructural del período de excedentes de capitales, no sólo bloqueará la posibilidad de un nuevo ciclo extenso expansivo de la economía, sino que también significará la hegemonía del capital financiero, bajo su forma especulativa.

Por su parte, el proceso de acumulación financiera no crea las bases sociales de apoyo que puedan brindarle estabilidad a su reproducción, y en ello reside su mayor talón de Aquiles: la reproduc-

ción del capital ficticio que no distribuye ingresos sino que, por el contrario, acentúa un fuerte proceso de concentración del ingreso, al girar en falso, sin creación de valor ni de empleos.

No es casual que, después de su comienzo eufórico, los gobiernos que más directamente personificaron la aplicación del modelo neoliberal, fueran derrotados electoralmente y las fuerzas que los reemplazaron tuvieron en las políticas sociales su palanca propulsora, que les da legitimidad y a la vez les permite derrotar a las fuerzas de derecha, a pesar de que éstas disponen del monopolio de los medios de comunicación, lo que les posibilita manipular y forjar una opinión pública opositora. Las relaciones de poder fueron brutalmente transformadas, concentrándose los monopolios alrededor de la tierra –ahora reciclada para exportación de los agronegocios–, de los bancos, de los medios masivos de comunicación, de las grandes corporaciones industriales y comerciales. Los nuevos bloques de clases en el poder contemplan.

La unidad de toda esa gama de sectores del gran capital, bajo hegemonía del capital financiero, aunque aliado a los nuevos sectores globalizados de las clases medias (de cualquier manera minoritarios en ese estrato social), no logró forjar una amplia base social de apoyo. Todo eso se dio a

pesar del papel que empezaron a tener los grandes medios mercantiles, como dirección política e ideológica de la nueva derecha latinoamericana, su capacidad de movilizar y consolidar apoyos en el plano político y a pesar de la inmensa influencia ideológica que poseen.

La mayor victoria ideológica de la nueva derecha neoliberal tuvo lugar a causa de esa influencia mediática, articulada con las campañas publicitarias, de las grandes marcas y todo el estilo de consumo de shopping center, cuyo complemento indispensable se encuentra en la televisión y en toda la nueva industria de la imagen. Sin embargo, lo que más contribuyó con la hegemonía neoliberal fue la enorme fragmentación social y cultural que produce y reproduce en toda la inmensa masa de la población. La promoción del trabajo precario como forma mayoritaria de reproducción de la vida de centenas de millones de personas fue el hecho que más influyó en esa heterogeneidad de las relaciones de trabajo, un panorama económico y social en el que nunca tanta gente vivió del trabajo –hombres y mujeres, negros, blancos, mestizos, indios, ancianos y niños–, sin que ese inmenso caudal pudiera transformarse en fuerza y capacidad organizadora para defender los derechos básicos de aquellos millones de personas en el mundo del trabajo. Dicha fragmentación dificulta la capacidad de

organización, de manifestación, de negociación, de invocación de la justicia, de construcción de fuerza organizadora, social y política, a la vez que debilita la identificación con el mundo del trabajo y su cultura. Como las identidades no permiten el vacío, esa identidad es rellena por otras –nacionales, étnicas, de género, religiosas, deportivas–, que no se articulan y no dialogan con las identidades del mundo del trabajo, que continúan ocupando la mayor parte de la energía, del tiempo y de la vida de las personas para, simplemente, reproducir sus condiciones de existencia.

Otro factor de la hegemonía neoliberal, ya mencionado, pero que deseo enfatizar, por el papel central que posee, es el de la alienación –una categoría que cayó en desuso, que parece o bien olvidada o bien sublimada, pero que más que en cualquier otro período histórico, juega un rol central en la modalidad hegemónica dominante. La propia pérdida de la identidad del trabajo bloquea la capacidad que las personas tienen de entender el papel de hilo conductor de la mayor de las alienaciones: la de producir el mundo, sin decidir nada sobre el mismo y sin tener consciencia de estar produciéndolo, y, al contrario, estar sintiéndolo como un mundo "ancho y ajeno" Esto facilita la entrega indefensa de las personas a las ideologías de la globalización, que exaltan la tecnología, la competen-

cia profesional, el dinero, la destreza empresarial, como los grandes agentes de construcción de la riqueza y del mundo.

Como resultado de dicha convergencia, nunca antes la humanidad había acumulado tanta capacidad tecnológica para construir "otro mundo", a imagen y semejanza de sus deseos, imaginación y sueños, no obstante lo cual nunca se ha sentido tan impotente frente al mundo, de manera que se le aparece como una realidad que se le impone como si fuera un mundo inevitable, irresistible, ajeno a lo que los hombres y mujeres son en su vida cotidiana e, inclusive, en sus asociaciones y luchas diarias.

Sin embargo, ese espacio vacío es llenado por la ideología del consumo, del mercado, de la competencia, que alimenta el espíritu e incentiva la demanda. El "modo de vida norteamericano" nunca se desarrolló tanto, nunca tuvo tanta influencia, nunca realizó tan ampliamente su capacidad hegemónica.

He aquí los dos principales factores de éxito relativo del neoliberalismo. Pero éste alcanzó otro objetivo: introdujo el tema de la lucha contra la inflación como una cuestión consensual, a tal punto que varios gobiernos elegidos en el rechazo

al posneoliberalismo mantuvieron varios de sus elementos, como la independencia del Banco Central, el pago del superávit primario, la acumulación de gran cantidad de divisas, tasas de interés altas.

Cuenta, además, con la predominancia del neoliberalismo y las leyes del llamado "libre comercio" a escala mundial y también en el plano continental, en donde prevalecen en gran parte de las principales economías: México, Brasil, Argentina, Chile, Colombia, Perú, Uruguay, entre otros.

El pasaje del capitalismo internacional a un largo ciclo recesivo representó, para América Latina, un giro mucho más radical que simplemente una inversión de señal desde el punto de vista económico. A partir de la década del setenta el continente transitó hacia un período histórico sobredeterminado por el pasaje del mundo de la bipolaridad a la hegemonía unipolar imperialista y del modelo regulador al neoliberal. En su combinación, la fractura entre el centro y la periferia se profundizaría, ahora denominada relación entre globalizadores y globalizados.

LA CRISIS HEGEMÓNICA

América Latina fue el laboratorio de experiencias neoliberales, región en la cual nació el modelo, pero se extendió y asumió sus formas más radicales. Por lo tanto comenzó a sufrir una resaca neoliberal y a constituir un eslabón más débil de la cadena neoliberal, en donde más proliferan los gobiernos elegidos en el seno del rechazo al neoliberalismo, a contramano de las tendencias mundiales.

Dos de sus consecuencias más abarecedoras son la financierización de la economía y la precarización de las relaciones de trabajo, ambas cuestiones conectadas entre sí, la primera siendo una de las fuentes de la segunda. Un modelo que expropió de la ciudadanía social –de los contratos de trabajo– a la mayoría de la población del continente, con las concentraciones de ingresos correspondientes, no consigue organizar bases sociales de apoyo activo, pero logra desorganizar y prácticamente inviablez cualquier forma de resistencia organizada contra su hegemonía.

En otros momentos de su historia, en períodos diferentes, diversas crisis sociales menos agudas y prolongadas que la actual, han provocado respuestas de movimientos sociales organizados de masas, que se han convertido en casos de excepción en el

marco de la fragmentación social construida por el neoliberalismo. En este período, el descontento social se canaliza hacia otras vías: expresiones religiosas, de violencia –privada y pública, entre otras, como si la energía social no se potenciara políticamente y, por el contrario, fuera neutralizada.

El período se caracteriza por la pérdida de legitimidad de los gobiernos y de los modelos neoliberales, pero al mismo tiempo por dificultades de construcción de proyectos alternativos, ya sea por la fragmentación social mencionada o porque el consenso neoliberal echó raíces, no sólo en las opiniones sociales –como el miedo a la inflación– sino también en los procesos económicos, con los riesgos reales de descontrol monetario, entre otros mecanismos, por el desequilibrio entre producción y consumo –éste potenciado por las políticas de distribución del ingreso– o, finalmente, porque un consenso conservador mantiene el libre comercio como predominante en el mundo.

Por el propio hecho de estar comprometidos en una estrategia de disputa hegemónica continúa conviviendo con el poder privado de la gran burguesía –ya sea como grandes empresas privadas, nacionales y extranjeras, ya sea de los bancos, de los grandes exportadores de agronegocios o de los medios masivos de comunicación privados– que,

por su parte, si no disponen de gran apoyo interno, cuentan con grandes aliados en el plano internacional, especialmente entre los países globalizadores.

En estos países, una onda derechista se ha ido imponiendo a lo largo de las últimas décadas, teniendo como telón de fondo la concentración de poder y de ingresos, lo que provoca que nunca, como ahora, la distancia entre el nivel de vida en el centro y en la periferia del capitalismo sea tan acentuada. En el marco político, si una de las explicaciones para la generalización de los Estados de bienestar en la segunda posguerra era la necesidad de mejorar el nivel de vida de los pueblos de Europa occidental frente a la competencia y eventual amenaza de los países socialistas, esta referencia desapareció y, con ella, se llevó el espacio político de los partidos comunistas, al mismo tiempo que se dio la ruptura de la tradicional alianza que había sostenido a la fuerza de la izquierda en la segunda posguerra: la de los socialdemócratas con los comunistas.

Desde el punto de vista social, mientras los sindicatos se debilitaban con el pasaje del pleno empleo a niveles muy altos de desempleo, el ingreso de los trabajadores inmigrantes a funciones descalificadas en el mercado de trabajo permitió su utilización por parte de la derecha para obtener

altas proporciones –frecuentemente la mayoría– de los votos de los trabajadores poniéndolos en contra de los inmigrantes. La política contra ellos continuó constituyendo una línea divisoria entre la derecha y la izquierda y casi todo el espectro político aprueba nuevas y duras restricciones al ingreso y a la legalización de los inmigrantes, al mismo tiempo que la economía de dichos países entra en recesión y se vuelve a aumentar la jornada de trabajo, que puede llegar a más de 70 horas semanales.

Lo cierto es que nunca el Sur del mundo estuvo tan aislado del Norte. Éste actúa de forma unificada, bajo la dirección norteamericana, en defensa estricta de sus intereses, agregando a toda la Europa occidental, gran parte de la Europa oriental, Japón y, claro está, los Estados Unidos. El Sur del mundo volvió a construir organizaciones propias, desde la organización del Grupo de los 20, pasando por los acuerdos de los BRICs y otros intercambios más recientes, lucha por sus derechos en la Ronda de Doha, se resiste a la apertura indiscriminada de sus mercados a las potencias del Norte, pero lo hace como Sur, sin contar con aliados en el centro del sistema, el cual continúa cohesionado como bloque dominante, en defensa de sus intereses.

El futuro de América Latina en la primera mitad del siglo XXI depende del destino de los gobiernos que actualmente protagonizan procesos de integración regional, se resisten a las políticas de libre comercio de los Estados Unidos, algunos avanzan en pos de la construcción de un modelo posneoliberal, otros flexibilizan el modelo, desarrollando políticas sociales contrapuestas a su debilitamiento por el modelo neoliberal.

La configuración histórica de América Latina es, entonces, la de una crisis hegemónica, en la cual el modelo neoliberal y el bloque de fuerzas que lo protagoniza se desgastan, se debilitan, sólo logran sobrevivir aplicándolo de forma mitigada –como en los casos de Brasil, de Argentina y de Uruguay–, aunque en un marco en el que la construcción de un modelo superador y la construcción de un nuevo bloque de fuerzas encuentra muchas dificultades para imponerse. Lo que denominamos posneoliberalismo es una categoría descriptiva que designa diferentes grados de negación del modelo, sin llegar a configurar un nuevo modelo, al mismo tiempo en que un conjunto híbrido de fuerzas compone las alianzas que están en la base de los nuevos proyectos.

Éste es el origen de la inestabilidad de esos gobiernos, que avanzaron por las líneas de menor

resistencia –políticas sociales e integración regional, esencialmente– con la retirada de las fuerzas que protagonizaron la aplicación ortodoxa del modelo, pero que pasaron a encontrar mayor resistencia a medida que las oposiciones de derecha se recomponían, teniendo a la gran mayoría de los medios masivos de comunicación privados como su dirección ideológica e incluso política. De tales enfrentamientos resultará la fisonomía de América Latina, no sólo en la segunda década del siglo, sino en toda su primera mitad.

¿Cuál es el mejor contexto internacional para el fortalecimiento y la eventual expansión de tales gobiernos? ¿En qué medida su surgimiento y desarrollo cuentan o pueden contar con marcos internacionales favorables?

La historia del surgimiento, consolidación y crisis de la hegemonía liberal ya pasó, en el plano internacional, por tres fases diferenciadas, correspondiendo al predominio de corrientes diferenciadas en los principales gobiernos de las potencias capitalistas. El surgimiento está signado por el tándem Thatcher-Reagan, correspondiendo a sus expresiones ideológicas más fuertes y abiertamente conservadoras, restauradoras, contando con Pinochet como su socio más genuino y teniendo en la acción devastadora del entonces gurú neoliberal

Jeffrey Sachs, destruyendo la economía minera boliviana, una receta de los límites que el nuevo modelo estaba dispuesto a cruzar para imponer sus recetas y su hegemonía.

La segunda fase correspondió a los gobiernos de la entonces llamada "tercera vía", contando con el par Clinton-Blair que, en el eje anglosajón sucedió a sus fundadores, con una versión supuestamente más light del modelo, dado que el trabajo pesado (privatizaciones, predominio sin límites del mercado, apertura de las economías) ya habría sido hecho.

Esta fase revela la extensión del poder hegemónico del modelo ya en los capitalismos centrales, con la adhesión de gobiernos socialdemócratas a versiones del modelo -contando con Mitterrand y Felipe González como sus paladines más expresivos, con seguidores en prácticamente todos los países de Europa occidental, con el regreso de una mayoría socialdemócrata, ahora revestida de portavoces de la globalización, que incorporaron a Alemania, Portugal, Italia, cerrando el circuito de los más importantes gobiernos de la región.

Fue como si se hubiera dado luz verde para que los gobiernos de corrientes similares -social-

demócratas, nacionalistas– caminaran por la misma senda. Salinas de Gortari y Carlos Menem, por corrientes tradicionales del nacionalismo latinoamericano, se sumaban al MNR de Bolivia, con los gobiernos de Paz Estenssoro y de Sánchez de Losada. La adhesión de los socialdemócratas, principalmente de los que mantenían más relaciones con corrientes similares en el continente, los de España y Francia, abrió la temporada de adhesiones socialdemócratas, que ya había sido iniciada por el socialismo chileno, en alianza con la democracia cristiana, y fuera continuada por el gobierno de Fernando Henrique Cardoso en Brasil y de Carlos Andrés Pérez en Venezuela, a la que adhirieron también los gobiernos de Alberto Fujimori y de Alejandro Toledo en Perú, entre otros.

Aquella coyuntura fue la más propicia para la proliferación de gobiernos neoliberales, en la medida en que combinaba un ciclo –aún más corto–expansivo de la economía de los Estados Unidos, con la llamada "nueva economía" y con gobiernos que pretendían ser una "segunda fórmula" –según la expresión de Perry Anderson (Nota: Ver...), que aparentemente confirmaba el "Consenso de Washington" y el "pensamiento único", asociando un mismo modelo a corrientes históricamente tan diferenciadas como aquéllas que en ese momento contaban con dirigentes de orígenes diversos, como

Pinochet, Salinas de Gortari y Fernando Henrique Cardoso. El justificativo de la "tercera vía" servía de excusa para la adhesión a modelos duros de neoliberalismo por parte de gobiernos que habían estado identificados, hasta ese momento, como modelos de gobiernos de bienestar social. Países que no habían pasado por la fase dura del neoliberalismo –correspondiente a lo que habían sido Thatcher y Reagan en Gran Bretaña y Estados Unidos– como Brasil o Venezuela, adherían a un modelo que teóricamente buscaba una equidistancia entre el mercado y el Estado.

No por casualidad dicha combinación de expansión económica norteamericana –que hasta aquella década, la del noventa, aún tenía peso determinante en la inserción internacional de las economías de la región– y gobiernos de la "tercera vía", fue la que más favoreció la extensión de gobiernos neoliberales –prácticamente con la única excepción de Cuba– a mediados de la década.

La tercera fase corresponde al agotamiento, en 1990, de las ilusiones de que una "nueva economía" permitiría un crecimiento continuo y sin sobresaltos y crisis del capitalismo globalizado, con el fin del ciclo expansivo y el ascenso de George Bush al gobierno, volviendo a imponer un tono más duro en el mando del bloque imperialista, para lo

cual contó con la adhesión del mismo Tony Blair, favoreciéndose un giro conservador a causa del clima de respuesta a los atentados de 2002 en los Estados Unidos. Las señales volvían a cambiar, con políticas agresivas por parte de Washington, sumadas a una economía en estancamiento. A ese factor hay que sumarle el exponencial crecimiento y modernización de la economía chilena y los lazos que rápidamente comenzó a tejer con varios países del continente, contribuyendo decisivamente a disminuir el peso de los intercambios con los Estados Unidos en la región.

Fue en este marco que se multiplicaron, de manera sorprendente, los gobiernos favorables a los procesos de integración regional, con la derrota de los que habían poblado el escenario del continente durante la última década del siglo XX. La sustitución de Clinton por Bush era acompañada por la de los socialistas franceses por Jacques Chirac, por la coalición de centroizquierda italiana por Berlusconi, de Felipe González por Aznar en España, entre otros cambios. En el continente, ello correspondió a la sustitución de Carlos Andrés Pérez y Rafael Caldera por Hugo Chávez en Venezuela, de Fernando Henrique Cardoso por Lula en Brasil, de los gobiernos colorados y blancos por Tabaré Vázquez en Uruguay, de Sánchez de Losada por Evo Morales en Bolivia, de Lucio

Gutiérrez por Rafael Correa en Ecuador, de Nicanor Duarte y el Partido Colorado por Fernando Lugo en Paraguay.

Fueron gobiernos que, al mismo tiempo, expresaban el debilitamiento de la capacidad de liderazgo político y económico de los Estados Unidos y de las políticas de libre comercio en América Latina y protagonizaban un nuevo bloque de fuerzas que se valieron de las nuevas condiciones para inviabilizar el ALCA y comenzar a poner en práctica políticas alternativas. Esta fase correspondió también a la disminución relativa del peso de la economía de los Estados Unidos y al ascenso de las demandas del mercado mundial –con intercambios directos importantes con gran parte de países de la región por parte de China– de economías como la china y la india.

En un momento en que algunos gobiernos de la región enfrentan dificultades para seguir de la misma forma por el camino que habían elegido –entre ellos particularmente los de Venezuela, Bolivia y Argentina–, el cuadro general también produce señales de cambio. Por un lado, la recesión norteamericana hace sentir sus efectos sobre el cuadro económico internacional, muy favorable a las economías de la región, para la exportación de sus productos primarios –en donde el agronegocio

pasó a jugar un papel importante—, si bien no con el peso anterior. Sin embargo, asociada a la elevación del precio de los productos agrícolas y del petróleo, promueve presiones inflacionarias y disminuye el cuadro de demanda de los productos de exportación de varias economías del continente. Por otro lado, la elección de Barak Obama, con el regreso de los demócratas al gobierno de los Estados Unidos, produce una nueva combinación de los factores económicos y políticos en el plano internacional, con efectos probables sobre los gobiernos de la región.

En forma opuesta a la década del noventa, los demócratas no navegarán en una economía eufóricamente en expansión sino que, al contrario de la década que le siguió, el discurso de Washington deberá cambiar, tratando de romper el aislamiento norteamericano que, en una región de dominio privilegiado de los Estados Unidos, representa un elemento de debilidad como nunca antes había enfrentado Washington en la región. Estas transformaciones, junto a los problemas por parte de gobiernos de la región, representan un nuevo desafío para los procesos de integración regional y para la construcción de modelos posneoliberales.

Puede generarse una nueva capacidad de cooptación por parte de los Estados Unidos, apoya-

do en sus aliados tradicionales –Colombia y México, eje al que se suma abiertamente el Perú de Alan García, que acaba de firmar un Tratado de Libre Comercio con el gobierno norteamericano–, mediante un discurso más flexibilizado, que procura atraer a los gobiernos más moderados del bloque de integración regional –como los de Brasil, Argentina y el ya propenso Uruguay– tratando de aislar a los gobiernos de Venezuela, Bolivia, Ecuador y Cuba. O bien los procesos en curso –Mercosur, Alba, Unasur, Banco del Sur, gasoducto continental, entre otros– avanzan, así como la recesión norteamericana favorece la aceleración de la diversificación del comercio regional con países como China y revigorizan las condiciones de consolidación de aquellos gobiernos y de sus proyectos de integración.

Aún se mantiene abierto el diseño que tendrá la resultante de la combinación entre recesión económica con un gobierno democrático, que esta vez no tendrá a su favor la proliferación de gobiernos adheridos a sus políticas neoliberales. Podrá contar con un relativo debilitamiento de gobiernos fundamentales en el bloque de integración, como los de Venezuela y Bolivia. Por tal motivo, la evolución interna en estos dos países se transforma en una de las variables fundamentales en el futuro del escenario político actual de la región, que podrá

contar con Ecuador en velocidad de crucero en la construcción de la nueva institucionalidad constitucional y con la adhesión del nuevo gobierno paraguayo. Se suma a las variables del nuevo escenario que proyectará a América Latina en la segunda década del milenio a la capacidad de recuperación y superación de la crisis del gobierno argentino, así como a la posibilidad de que el partido de Lula resulte electo en 2010, impidiendo el retorno del bloque de derecha al gobierno brasileño y apuntando a una segunda década de gobiernos del nuevo bloque de fuerzas latinoamericano.